

Fragmentos extraídos de Libros

**Vida de la
Venerable Ana
Catalina
Emmerich**

Las siguientes páginas han sido extraídas del libro *La dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo* de Sor Ana Catalina Emmerich, religiosa agustina estigmatizada (1774-1824). Puede descargarse el libro completo en este enlace:

<http://www.mediafire.com/download/b71vuffjcwbxvd2>

VIDA

DE

SOR ANA CATALINA EMMERICH.

ANA CATALINA EMMERICH, hija de Bernardo Emmerich y de Ana Hiller, pobres y piadosos campesinos, nació en el lugarcito de Flamske, á legua y media de Coesfeld, ciudad del obispado de Munster, el 8 de setiembre de 1774; fue bautizada en la iglesia de Santiago de Coesfeld. Su infancia tuvo mucha semejanza con la de la venerable Ana Garzias de San Bartolomé, con la de Dominica del Paraíso, y la de algunas otras contemplativas pertenecientes á la gente del campo. Su Ángel de la Guarda se le aparecía bajo la figura de un niño: el Buen Pastor venia á ayudar á la pobrecita pastora, á la cual se presentaba bajo la figura de un pastorcito. Desde su infancia la fue revelada la Historia Sagrada en diferentes visiones. La

Madre de Dios, la Reina del cielo se presentaba á ella en el prado, como una mujer llena de belleza, de dulzura y de majestad, la ofrecia su ternura y su proteccion, y le llevaba su Hijo Divino para que participase de sus juegos. Algunos Santos hacian lo mismo, y venian á coger afectuosamente las coronas que tejia para el dia de su fiesta. La niña estrañaba todo esto menos que si una princesa y su corte se hubieran bajado hasta ella. Mas tarde no le causaba ninguna sospecha; la inocencia establecia para ella relaciones mas íntimas con Jesucristo, su Madre y los Santos, que con las personas mas afa- bles del mundo. Los nombres de padre, de madre, de hermano, de esposo, le parecian espresar las relaciones íntimas entre Dios y el hombre, pues el Verbo Eterno habia escogido una madre sobre la tierra para ser nuestro hermano, y esos títulos no eran á sus ojos unas palabras vanas.

Siendo niña, hablaba con sencillez de lo que habia visto, y la buena gente que la rodeaba escuchaba con admiracion sus relaciones sobre la Historia Sagrada; pero algunas veces interrumpida por sus preguntas y sus advertencias, callaba. En medio de su

sencillez pensaba que no era conveniente hablar de tales cosas; que los otros callaban lo que les sucedia, y que de ese modo era menester hablar poco; decir solo *sí* ó *no*, *alabado sea Jesucristo*, etc., etc. Todo lo que le habia sido revelado era tan claro, tan luminoso, tan saludable, que creia ella que lo mismo sucedia á todos los niños cristianos; y los otros que no lo contaban, le parecian mas discretos y mejor educados; y ella calló para imitarlos.

Desde sus mas tiernos años tuvo un don particular, que se encuentra en las historias de Santa Sebyllina de Pavía, de Ida de Lowain, de Úrsula y Benincasa, y de algunas otras almas piadosas: el don de distinguir lo que es malo ó bueno, santo ó profano, bendito ó maldito, en las cosas materiales ó en las espirituales. Siendo todavía niña, traia del campo plantas saludables, cuya virtud conocia ella sola, y las plantaba alrededor de su casa ó de los sitios donde trabajaba y rezaba, y, por el contrario, arrancaba todo alrededor las yerbas venenosas, y, sobre todo, las que se usan en las prácticas supersticiosas y en los hechizos. Cuando pasaba por un sitio donde se habian cometido

grandes pecados, huía ó rezaba y hacia penitencia; conocia igualmente los sitios benditos y santificados; se hallaba feliz en ellos, y daba gracias á Dios. Cuando un sacerdote pasaba con el Viático, aunque fuera á una grande distancia de su choza ó del sitio donde guardaba su ganado, se sentia atraída hácia aquel lado, corria y se arrodillaba en el camino, y adoraba la Santa Eucaristía. Distinguía los objetos sagrados y profanos; sentia una cierta aversion hácia los lugares donde habia sepulturas de paganos, y, al contrario, se sentia atraída hácia los restos de los Santos, como el hierro hácia el iman. Conocia las reliquias de los Santos hasta el punto de contar, no solo particularidades de su vida ignoradas, sino tambien la historia de la reliquia que le presentaban y de los diversos sitios que habia corrido. Tuvo toda su vida un comercio íntimo con las ánimas del purgatorio; todas sus acciones, todas sus oraciones se dirigian á las ánimas; sentia con frecuencia que la llamaban á su socorro, y recibia algun aviso cuando las olvidaba. Con frecuencia, siendo jóven, la despertaban en medio del sueño una multitud de almas, y en las noches mas frias de invierno seguía

con ellas, los pies desnudos y en medio de la nieve, el *Via-crucis* que va hasta Coesfeld. Desde sus primeros años hasta su muerte no cesó de consolar enfermos, de curar llagas y úlceras, de dar á los pobres lo poco que poseia. Tenia una conciencia muy delicada; el pecado mas ligero la afligia hasta el punto de enfermar, y la absolucion era para ella una resurreccion.

Todos los dones que habia recibido no la impedian de emplearse en sus trabajos, aun los mas penosos: es de observar que un cierto grado de intuicion profética no es raro en su patria. Su escuela interior era la mortificacion y el trabajo; se encerraba en los límites estrictos de lo necesario en cuanto á la comida y al sueño; pasaba muchas horas en oracion cada noche, y en el invierno se arrodillaba al raso sobre la nieve. Se acostaba en el suelo en unas tablas dispuestas en forma de cruz. Comia y bebia lo que los otros no querian; los mejores pedazos eran para los pobres y los enfermos, y cuando no sabia á quién darlos, los ofrecia á Dios con una fe sencilla, rogándole se los diera á alguno mas necesitado que ella. Si habia alguna cosa que ver ó que oír que no fuera con-

cerniente á Dios ó á la Religion, ella evitaba bajo cualquier pretesto modesto ir á donde los otros corrian, ó si se encontraba en él, cerraba los ojos y los oídos. Acostumbraba á decir que toda inutilidad era pecado, y que cuando se rehusaba á los sentidos cualquiera cosa de esa especie, se hallaba centuplicado para la vida interior, lo mismo que la poda da mas fertilidad á la viña y á los árboles frutales. Desde su juventud tuvo constantemente visiones simbólicas, que se encadenaban una con otra, y que la acompañaban por todas partes, en las que el término de su vida, los medios para llegar á él, sus penas, sus peligros, sus combates futuros, se le mostraban en parábolas.

Á la edad de diez y seis años, un dia que trabajaba en el campo con sus padres y sus hermanas, el sonido de la campana del convento de la Anunciacion de Coesfeld despertó su deseo secreto de entrar en el claustro con tal violencia, que cayó sin sentido; y habiendo sido llevada á su casa, tuvo una enfermedad de languidez, que duró bastante tiempo. Á la edad de diez y ocho años fue á Coesfeld á aprender el oficio de costurera, y despues de haber pasado dos años, volvió á

casa de sus padres. Pidió el ser admitida en las augustinas de Borken, en las trapistinas de Darfeld y en las clarisas de Munster; pero su pobreza y la de aquellos conventos fueron un obstáculo. Á la edad de veinte años, habiendo economizado veinte thalers (setenta y cinco pesetas) que habia ganado cosiendo, se fue con esta suma, verdadero tesoro para una pobre del campo, en casa de un piadoso organista de Coesfeld, cuya hija habia conocido en su primera residencia en este pueblo. ANA esperaba que en aprendiendo á tocar el órgano encontraría medio de ser admitida en un monasterio.

Pero su deseo irresistible de servir á los pobres y de socorrerlos no le dejó ningun tiempo para aprender la música, y poco despues se despojó de todo, de tal manera que su buena madre tuvo que llevarle pan, leche y huevos para ella y para los pobres, con quienes los repartia. Entonces su madre le dijo: «Nos causas mucho disgusto á tu padre y á mí con el deseo de separarte de nosotros para ir á un convento; pero siempre eres mi hija querida; cuando veo en casa el sitio donde te sentabas, mi corazon se parte al pensar que has dado tus economías y que

ahora estás en la miseria; pero yo te traigo con qué mantenerte algun tiempo.» Y ANA CATALINA le respondió: «Sí, querida madre, no me ha quedado nada, porque era la santa voluntad de Dios que otros fuesen socorridos por mi mano; y como yo les he dado todo, El debe tener cuidado de mí, y Él sabrá ayudarnos á todos.» Vivió algunos años en Coesfeld en medio del trabajo, de las buenas obras y de la oracion, teniendo siempre la misma direccion interior. Era como un niño dócil y silencioso en manos del Ángel de la Guarda.

Aunque en este compendio de su vida omitimos muchas circunstancias interesantes, hay una que no debemos pasar en silencio. Á la edad de veinticuatro años recibió una gracia que el Señor ha concedido sobre la tierra á muchas personas consagradas al culto especial de su Pasion dolorosa; es esta el padecimiento corporal y visible de los dolores de su Santa Cabeza con la corona de espinas. Nosotros citaremos sus propias palabras: «Cuatro años antes de mi entrada en el convento, poco mas ó menos, por consecuencia en 1798, me hallaba hácia medio dia en la iglesia de los Jesuitas de Coesfeld, y

estaba arrodillada delante de un Crucifijo; estando absorta en la meditacion, sentí de pronto un calor dulce y vivo, y yo vi venir del altar donde estaba el Santísimo Sacramento en el tabernáculo, mi Esposo celestial bajo la forma de un jóven resplandeciente. Su mano izquierda tenia una corona de flores, su mano derecha una corona de espinas, y me las presentó ambas para escoger. Tomé la corona de espinas, Él me la puso sobre la cabeza, y yo la apreté con las dos manos; entonces desapareció, y yo volví en mí con un dolor violento alrededor de la cabeza. Salí de la iglesia, que iban á cerrar. Una de mis amigas, que estaba arrodillada á mi lado, podia haber observado algo de mi estado; al llegar á casa le pregunté si no veia alguna herida en mi frente, y le hablé en términos generales de mi sueño y del dolor violento que le habia seguido. Ella no vió nada esteriormente, pero nada estrañó de lo que yo la dije, porque sabia que estaba algunas veces en un estado estraordinario, cuya causa no comprendia. Al dia siguiente mi frente y mis sienes estaban muy hinchadas y yo padecia horribilmente. Estos dolores y esta hinchazon volvieron con frecuencia, y

duraron algunas veces días y noches enteras. Yo no observé sangre alguna alrededor de la cabeza, hasta que mis compañeras me advirtieron que me pusiera otro gorro, porque el mio estaba lleno de manchas coloradas. Las dejé que pensaran lo que quisieran, y me compuse mi peinado de modo que cubriera la sangre que caía de mi cabeza; lo hice así hasta en el convento, donde una sola persona lo descubrió y guardó fielmente el secreto. »

Muchos otros adoradores contemplativos de la Pasión de Nuestro Señor han recibido la misma gracia de sufrir los dolores de la corona de espinas, después de una visión igual, donde se les había ofrecido la elección de dos coronas: citaremos solo Santa Catalina de Sena y Pasithea de Crogis, religiosa de Santa Clara de la misma villa, que murió en el año 1617. Las mismas circunstancias se presentan con alguna leve mutación. En fin, el escritor de estas páginas ha visto muchas veces, en medio del día, y de muy cerca, correr la sangre sobre la frente y la cara de ANA CATALINA EMMERICH, en cantidad suficiente para calar la ropa que tenía alrededor del cuello.

Su deseo del claustro fue al fin satisfecho. Los padres de una jóven que deseaban tener las augustinas de Dulmen, declararon que no dejarían á su hija entrar en el convento si no se recibía al mismo tiempo á ANA CATALINA: el pobre convento consintió, aunque con dificultad, á causa de la indigencia absoluta de esta última. El 13 de noviembre de 1802, ocho dias antes de la fiesta de la Presentacion de la Virgen, tomó el hábito de novicia. Los conventos de nuestro tiempo no ponen á prueba la vocacion de las novicias con el rigor y la severidad de la antigua regla; pero la Providencia suplió para ANA á este defecto con rudas pruebas, á las cuales no podia mostrarse demasiado reconocida. Las penas y las privaciones que uno se impone por amor de Dios, bien solo, bien en union con otros, son fáciles de soportar; pero la cruz mas semejante á la de Jesucristo es aceptar sin murmurar y con amor, acusaciones, afrentas y castigos injustos. Dios permitió que en el año de su noviciado fuese sometida, sin que la voluntad de nadie contribuyese, á todos los rigores por los cuales la hubiera hecho pasar una sabia maestra de novicias, en el tiempo de

la mayor severidad de la Orden. Aprendió á mirar á sus compañeras como instrumentos de Dios para su salvacion: otras muchas cosas se le aparecieron mas tarde bajo este punto de vista. Mas como esta escuela de la cruz era necesaria para su alma ardiente, Dios tuvo cuidado de dejársela para toda su vida.

Su situacion en el convento era triste bajo muchos aspectos. Ninguna de sus compañeras, ningun sacerdote, ningun médico podia comprender su estado. Habia aprendido á ocultar los dones maravillosos que habia recibido cuando vivia con la gente del campo; pero no podia ser lo mismo ahora, que se encontraba en contacto perpetuo con una multitud de religiosas, escelentes y piadosas sin duda, pero cuya curiosidad se aumentaba siempre, y que estaban animadas contra ANA de una especie de envidia espiritual. Despues, el espíritu apocado del convento y la completa ignorancia que en él habia de los fenómenos por los cuales la vida interior del alma puede manifestarse en lo exterior, le atraian sobre sí una serie de vejaciones, que eran tanto mas penosas, cuanto que estos fenómenos se producian siempre

baje la forma mas rara y mas singular. Oia todo lo que se decia contra ella, aunque fuese á la otra estremidad del convento, y estas conversaciones se clavaban en su corazon como dardos agudos. Lo soportaba todo con paciencia y amor, sin dejar ver nada de lo que sabia. Algunas veces la caridad la hacia echarse á los pies de alguna religiosa que murmuraba de sus acciones, y pedirle perdon llorando. Con ese motivo la sospechaban de escuchar á las puertas : odios secretos se descubrian sin poderse explicar cómo, y se sentian penetradas de cierto temor, de cierta inquietud involuntaria delante de ANA.

Cuando la regla de la Orden, que era para ANA una ley sagrada, se quebrantaba en algun punto, veia en espíritu todas las transgresiones, y algunas veces, llevada por el espíritu interior, aparecia de pronto en el sitio donde la regla habia sido infringida por falta al precepto del silencio ó al voto de pobreza, y citaba, sin haberlo aprendido antes, el pasaje de la regla relativo á la circunstancia. Esto la hacia importuna para las que se descuidaban, y su presencia era para estas como la aparicion de un espíritu.

Dios le habia concedido el don de las lágrimas en alto grado; pasaba horas enteras en la iglesia llorando en su presencia sobre los pecados y la ingratitud de los hombres, sobre los sufrimientos de la Iglesia, sobre las imperfecciones de la comunidad y sobre sus propios defectos. Mas estas lágrimas de una sublime compasion, nadie podia comprenderlas, nadie mas que Aquel en cuya presencia las derramaba: los hombres las atribuian á un capricho, á una incomodidad, ó á otro motivo de esta especie. Su confesor le habia mandado recibir la Santa Eucaristía con mas frecuencia que las otras, porque su deseo ardiente de este pan espiritual la ponía algunas veces casi á la muerte. Esta disposicion de su alma escitaba la envidia, y la trataban algunas veces de *hipócrita*.

La echaban en cara con frecuencia el favor que la habian hecho admitiéndola en el convento, siendo una pobre é ignorante mujer del campo. La idea de que ella era para las otras una ocasion de pecado, la era muy dolorosa, y no cesaba de pedir á Dios que hiciera recaer sobre sí la pena de esta falta de caridad. Tuvo una grande enfermedad, que principió en la Natividad de 1802

por un dolor violento de corazon. Este dolor no cesó aun despues de su cura, y lo sufrió en silencio hasta 1812, época en que recibió en un éstasis, en ese mismo sitio, la marca exterior de una cruz, como lo diremos mas adelante. Su debilidad y su mala salud la hacian mirar mas bien como una carga que como una utilidad para el convento, lo que contribuia á que no la mirasen con benevolencia. Sin embargo, trabajaba y servia sin cansarse; amaba á todas sus hermanas, y jamás fue tan feliz como en esta época de su vida, pasada en las privaciones y en las penas de toda especie.

El 13 de noviembre de 1803, de edad de veintinueve años, pronunció sus votos solemnes y se hizo la esposa de Jesucristo en el convento de Agnetemberg de Dulmen. «Cuando pronuncié mis votos, mis parientes se mostraron llenos de bondad para mí. Mi padre y mi hermano mayor me trajeron dos piezas de tela. Mi padre, hombre piadoso, pero severo, que me habia visto entrar en el convento con repugnancia, me habia dicho al tiempo de nuestra separacion que pagaria gustoso mi entierro, pero que no daria nada para el convento; cumplió su palabra: esta

pieza de tela era la mortaja de mi entierro en el claustro.»

«No me acordaba jamás de mí, decía ANA; no pensaba mas que en Jesucristo y en mis santos votos: mis compañeras no me comprendían, y yo no podía explicarles el estado en que me hallaba. Dios las ha ocultado muchas gracias que me ha concedido, sin lo cual ellas hubieran tenido de mí la idea mas errónea. Á pesar de todos los dolores y de todos los padecimientos, jamás tuve mas riqueza interior; mi alma estaba inundada de felicidad. Tenía una silla sin asiento y otra sin respaldo en mi celda, y sin embargo estaba para mí tan llena y tan magnífica, que creía ver en ella el cielo todo entero. Con frecuencia, por la noche, llevada por el amor y la misericordia de Dios, yo me exhalaba en palabras ardientes y llenas de familiaridad afectuosa, como tenía costumbre de hacerlo desde mi infancia; me espiaban y me acusaban de atrevimiento y de temeridad hacia Dios. Una vez respondí que me parecía mas temerario recibir el cuerpo del Señor sin haber conversado así familiarmente con Él, y me reprendieron severamente. En medio de todo esto,

vivia en paz con Dios y sus criaturas. Cuando trabajaba en el jardín, los pájaros venían á mí, se ponían sobre mi cabeza y sobre mis espaldas, y cantábamos juntos las alabanzas de Dios. Veía siempre á mi lado al Ángel de mi Guarda; y aunque el espíritu maligno me asaltara y buscara medios de aterrarme por todos lados, no podía hacerme mucho mal. Mi deseo de la Santa Eucaristía era tan irresistible, que con frecuencia por la noche salía de mi celda y me iba á la iglesia, si estaba abierta; en el caso contrario, me quedaba en la puerta ó cerca de la pared, aun en el invierno, arrodillada ó prosternada, los brazos extendidos ó en éstasis. El capellán del convento, que tenía la caridad de venir temprano para darme la comunión, me hallaba en ese estado; mas cuando se acercaba y abría la iglesia, yo volvía en mí, me acercaba con ansia al comulgatorio, y encontraba á mi Señor y mi Dios. Cuando estaba encargada de las funciones de sacristana, me sentía de pronto como trasportada; subía á los sitios mas elevados de la iglesia, sobre las cornisas, los frontones y molduras de albañilería, á donde parecia imposible humanamente subir. Entonces lo limpiaba y compo-

nia todo. Me parecia siempre que habia sobre mí espíritus bienhechores que me elevaban y me sostenian. Esto no lo estrañaba, porque estaba acostumbrada á ello desde mi infancia: no estaba nunca mucho tiempo sola, y lo hacíamos todo juntos familiarmente. Solo entre ciertos hombres me hallaba sola, hasta el punto de llorar como una niña que quiere volver á su casa. » Omitimos algunos otros fenómenos notables de su vida estática, exhortando solo al lector á comparar lo que acabamos de contar con la vida de Santa Magdalena de Pazzis. Ahora pasemos á sus enfermedades.

Siendo de una constitucion delicada y poco robusta de cuerpo, se habia dedicado desde su infancia á la mortificacion, al ayuno, á velar, á orar por la noche al cielo raso: añádase á eso los trabajos mas penosos del campo en todas las estaciones del año, y la fatiga del estado singular en que se hallaba casi siempre. En el claustro continuó trabajando en el jardin y en la casa, mientras sus trabajos y sus padecimientos espirituales se iban aumentando; de suerte que no es estraño que estuviera enferma con frecuencia; pero sus enfermedades tenian todavía

otra causa. Hemos sabido, por observaciones exactas hechas por espacio de cuatro años, y por confesiones tímidas que ANA no pudo menos de hacer, que en el espacio de su vida, una grande parte de sus enfermedades y de sus dolores, sobre todo mientras estuvo en el convento, que fue la época mas activa de su vida espiritual, le venian porque tomaba los padecimientos de los otros. Tan pronto pedia la enfermedad de alguna persona que no sabia sufrir con paciencia, y la aliviaba de todos sus males ó de una parte de ellos tomándolos para sí, como queriendo expiar algun pecado ó poner un término á algun padecimiento, se entregaba á Dios, y el Señor, aceptando su sacrificio, la permitia esta expiacion en union con los méritos de su Pasion, bajo la forma de alguna enfermedad correlativa del pecado que queria borrar. Así tenia que sufrir las enfermedades suyas propias, los males que aceptaba de los otros, ciertos dolores para borrar los pecados de los demas, y aun las faltas y la negligencia de tal ó cuál porcion de la comunidad cristiana, y con frecuencia algunos padecimientos en satisfaccion por las ánimas del purgatorio. Todos estos sufrimientos se

presentaban en su cuerpo como una enfermedad propia, con síntomas los mas opuestos y los mas variables, y bajo este aspecto estaba entregada al médico que, con su ciencia terrestre, se empeñaba en curar males que eran su vida. Con ese motivo, decia: «El reposo en los padecimientos me ha parecido siempre el estado mas apetecible para el hombre. Los Ángeles mismos nos tendrían envidia, si la envidia no fuese una imperfeccion. Pero el sufrimiento, para que sea provechoso, debe aceptar con paciencia y gratitud los consuelos y los remedios dados á contratiempo, y todo otro peso que se añada á la cruz. Yo misma no conocia del todo mi estado, ni con qué tenia relacion. Aceptaba mis padecimientos en espíritu, y debia combatirlos corporalmente. Yo me habia abandonado enteramente á mi Esposo celestial, y su santa voluntad se cumplia toda en mí; pero yo era de este mundo, á donde hay un órden y una ciencia terrestre que yo debia dejar obrar sin murmurar. Aunque hubiera conocido bien mi estado, y aunque hubiera tenido el tiempo y la facultad de esplicarlo, no hubiera habido nadie que pudiera comprenderme. Un médico,

sobre todo, me hubiera tenido por loca, y hubiera duplicado sus costosos y penosos remedios. Así he sufrido mucho toda mi vida, y sobre todo en el convento, á causa de los remedios dados fuera de propósito. Con frecuencia, cuando me habian puesto en la agonía, Dios se compadecia de mí, y me enviaba algun socorro sobrenatural que me curaba. »

Cuatro años antes de la supresion de su convento fue á Flamske á hacer una visita de dos dias á sus padres. Mientras permaneció allí, fue una vez á arrodillarse y á orar muchas horas delante de la cruz milagrosa de San Lambert de Coesfeld. Pidió á Dios por la paz y la union de su convento, le ofreció á este fin la dolorosa Pasion de Jesucristo, y le pidió que le hiciera sentir una parte de los tormentos que su Esposo celestial habia sufrido sobre la cruz. Desde esta oracion, sus manos y sus pies estaban abrasando y llenos de dolores : tenia una calentura continua, á quien ella atribuia los dolores en las estremidades; porque ANA no se atrevia á pensar que sus ruegos hubiesen sido oidos de Dios. Con frecuencia estaba en la imposibilidad de andar, y el dolor de las

manos no le permitia ciertos trabajos que hacia en el jardin.

El 3 de diciembre de 1811 el convento fue suprimido y la iglesia cerrada. Las religiosas se dispersaron cada una por su lado. ANA CATALINA se quedó pobre y enferma. Una criada caritativa del convento la sirvió por amor de Dios. Un sacerdote viejo, emigrado, que decia la misa en el convento, se quedó tambien. Estas tres personas, las mas pobres de la comunidad, no salieron del convento hasta la primavera de 1812. ANA estaba todavia enferma, y la trasportaron no sin dificultad. El sacerdote encontró un pequeño alojamiento en casa de una pobre viuda del pueblo; ANA tambien encontró en la misma casa un cuartucho en el piso bajo, cuyas ventanas daban á la calle. Allí vivió, siempre enferma, hasta el otoño de 1812. Sus arrebatamientos en la oracion y el comercio espiritual que tenia con el mundo invisible, eran aun mas frecuentes. Iba á ser llamada á un estado que no conocia bien, y no hizo mas que abandonarse dócilmente á la voluntad de Dios. El Señor, en aquella época, quiso marcar su cuerpo virginal con las llagas de su cruz y de su crucifixion; escándalo para

los judíos, locura para los paganos, lo uno y lo otro para muchos de los que se titulan cristianos. Desde su juventud habia pedido al Salvador que la imprimiese fuertemente su Santa Cruz en el corazon, á fin de no olvidar jamás su amor infinito para con los hombres: mas no se habia acordado nunca de un signo exterior. Rechazada del mundo, lo pedia con mas ardor que nunca. El 28 de agosto, fiesta de San Augustin, patron de su Orden, mientras hacia esta peticion en su cama, arrebatada en un éstaxis y los brazos tendidos, vió venir á ella un jóven resplandeciente, como su Esposo celestial se le aparecia algunas veces; y este jóven hizo sobre su cuerpo, con la mano derecha, el signo de una cruz ordinaria. Con efecto; desde entonces tuvo sobre el epigastrio una marca parecida á una cruz. Eran dos bandas cruzadas, de tres pulgadas de largo y de media pulgada de ancho. Mas tarde la piel se levantaba en este sitio como despues de una quemadura, y se abria dejando salir un humor ardiente y sin color, bastante abundante muchas veces para calar algunos paños. Estuvo mucho tiempo sin saber lo que era, creyendo solo tener un sudor copioso. Jamás

reconoció la significacion particular de este signo.

Algunas semanas despues, haciendo la misma peticion, vió la misma aparicion, que le presentó una pequeña cruz de la forma descrita en las historias de la Pasion. La cogió con ardor, la apretó fuertemente contra su pecho, y la devolvió. ANA decia que esta cruz era blanda y blanca como la cera; pero al principio ignoró que le hubiera resultado un signo exterior. Poco tiempo despues, habiendo ido con la nieta del ama de su casa á visitar una ermita vieja cerca de Dulmen, cayó de pronto en un éxtasis, y perdió el sentido; despues, habiendo vuelto en sí, fue llevada á su casa. Como el dolor y el escozor que sentia en el pecho se aumentaban cada dia, vió la figura de una cruz de tres pulgadas de largo, que estaba aplicada sobre el esternon, y que parecia colorada sobre la piel. Habiendo comunicado su vision á una monja, con la cual estaba muy unida, se comenzó á hablar mucho de sus estados singulares. El dia de los difuntos, 2 de noviembre de 1812, salió por la última vez, y se llegó con mucho trabajo hasta la iglesia. Desde esta época hasta el fin del

año, parecia que estaba siempre en el momento de espirar, y recibió los últimos sacramentos. Por la Natividad se le apareció encima de la cruz que tenia en su pecho una pequeña marca de la misma forma, de modo que figuraba una doble cruz partida. Esta cruz echaba sangre todos los miércoles hasta poderse estampar en un papel. Despues fue el viérnes. En 1814 este sudor de sangre fue mas raro; solamente la cruz estaba todos los viérnes de color de fuego. Sin embargo, todavía echó sangre mas tarde, y particularmente el Viernes Santo; pero ya no se hacia caso. El 30 de marzo de 1821, el que escribe estas páginas vió la cruz, de un encarnado muy vivo, sudar sangre por toda su estension. En el estado ordinario estaba sin color, y se distinguia solo por algunas grietas de la piel. Algunas otras almas contemplativas han recibido estígmates iguales de la cruz; entre otras, Catalina de Raconis, Marina de Escobar, Emilia Bichieri, Juliana Falconieri, etc., etc.

Recibió las señales de la cruz en los últimos dias del año 1812. El 29 de diciembre, á las tres de la tarde, se hallaba en su cuarto muy mala, acostada sobre la cama, pero los

brazos estendidos y en el estado de éstasis. Meditaba sobre los padecimientos del Salvador, y le pedia que la hiciese sufrir con Él. Rezó cinco Padrenuestros en honor de las cinco llagas, redobló su fervor y se sintió muy inflamada. Entonces vió una luz que bajaba sobre sí, y distinguió en ella la forma resplandeciente del Salvador crucificado: sus llagas resplandecian como cinco soles luminosos. Su corazon estaba conmovido de dolor y de gozo al ver las santas llagas: su deseo de sufrir con el Señor adquirió una violencia estremada. Entonces de las manos, de los pies y del costado de la aparicion salieron rayos triples de color de sangre, que acababan en forma de una flecha y que vinieron á clavar-se en sus manos, en sus pies y en su costado derecho. Los tres rayos del costado acababan en punta de lanza. Así que la hirieron, la sangre saltó de las heridas. Estuvo todavía mucho tiempo sin conocimiento, y cuando volvió en sí, no supo quién habia bajado sus brazos. Vió con sorpresa la sangre que corria de la palma de las manos, y sintió dolores violentos en los pies y en el costado. La hija del ama de la casa habia entrado en el cuarto, habia visto sus

manos llenas de sangre, y lo habia contado á su madre: esta corrió asustada, y le preguntó qué habia sucedido, y ANA CATALINA le rogó que no dijera nada. Despues de haber recibido las llagas, sintió que un cambio se habia operado en su cuerpo: el curso de la sangre parecia haber tomado otra direccion, y se dirigia con fuerza sobre las llagas. Decia ANA: «Esto es indecible.»

Debemos á un singular incidente el conocimiento de las diversas circunstancias citadas. El 15 de diciembre de 1819 tuvo una vision circunstanciada de todo lo que le habia sucedido hasta entonces; pero presentada de tal suerte, que creyó que era de alguna otra religiosa que habia pasado lo mismo que ANA, y que suponía que vivía á poca distancia. Contó todos estos detalles con un vivo sentimiento de compasion, y humillándose profundamente, sin saberlo, ante sí misma. Era muy tierno el oírle decir: «Ya no debo quejarme: he visto los padecimientos de esta pobre religiosa: su corazon está rodeado de una corona de espinas: ella la soporta tranquilamente y sonriéndose. Es vergonzoso que yo me queje, porque ella tiene que llevar una carga mas pesada que la mia.»

Estas visiones, en las cuales conoció despues su propia historia, se repitieron muchas veces, y por ellas se descubrieron los detalles de todas sus llagas, que jamás hubiera dado de un modo tan sencillo, porque jamás hablaba de ellas, por humildad; y cuando sus superiores espirituales le preguntaban de dónde provenian esas heridas, respondia á lo sumo: «Yo espero que vendrán de Dios.» Los cortos limites que nos hemos impuesto no nos permiten tratar aquí de la estigmatizacion en general. Conocemos en la Iglesia Católica un número bastante considerable de personas piadosas que, desde San Francisco de Asís, han llegado á ese grado de amor contemplativo de Jesus, espresion la mas sublime de la union con sus padecimientos, designada por los teólogos bajo el nombre de *Vulnus divinum. Plaga amoris viva*. Ha habido lo menos cincuenta conocidos. Verónica Giuliani, de la Orden de las capuchinas, que murió en Citta di Castello en 1727, es la última de ese número que ha sido canonizada (el 26 de mayo de 1831). Su biografía, publicada en 1810, da una descripcion del estado de las personas estigmatizadas, que tiene mucha conexion con nuestra ANA CATALI-

NA. Las mas conocidas de nuestros dias son las dominicanas Colomba Schamolt, que murió en Bamberg en 1787; Magdalena Lorgier, que murió en Hadamar en 1806, y Rosa Serra, capuchina de Orieri, en Cerdeña, estigmatizada en 1801; Josefa Kumi, del convento de Wensen, cerca del lago de Wallenstadt, en Suiza, la cual vivia aun en 1815, pertenecia á esta clase de personas, pero no nos acordamos bien si tenia las llagas.

ANA CATALINA, no pudiendo ya andar ni levantarse de la cama, llegó pronto á no comer ni poder tomar mas que agua con un poco de vino, y despues nada mas que agua: algunas veces, pero muy raras, el zumo sacado de una cereza ó de una ciruela: volvía inmediatamente todo alimento fuerte, aunque fuese en muy pequeña cantidad. Esta imposibilidad de tomar alimento, ó mas bien esta facultad de vivir sin mas que con agua, ha tenido algunos ejemplos, segun la opinion de los médicos sabios. Los teólogos verán en la vida de los contemplativos que muchos estaban largo tiempo sin tomar otro alimento que la Sagrada Eucaristía. Citaremos, entre otros muchos, San Nicolás de

Flue, Santa Lidwina de Schiedam, Santa Catalina de Sena, Santa Ángela de Toligno, Santa Luisa de la Ascension, etc., etc.

Todos los fenómenos que se manifestaban en ANA CATALINA estuvieron ocultos para todos los que la trataban mas de cerca, hasta el 25 de febrero de 1813, que una casualidad los hizo conocer á una antigua compañera de convento de la enferma. Á fines de marzo, todo el mundo hablaba de ANA en el pueblo. El 23 de marzo, el médico de aquel sitio la sometió á un exámen; se convenció de la verdad contra su modo de pensar; dió testimonio de lo que habia visto, y se hizo su médico y su amigo hasta su muerte. El 28 de marzo la autoridad eclesiástica envió á su lado una comision para tomar informes desde Munster. Con esta ocasion, la enferma ganó la benevolencia de sus superiores y la amistad del difunto dean Overberg, que desde entonces le hacia cada año una visita de algunos dias, y fue el director de su conciencia y su consolador. El consejero medicinal de Druffel, que presenciaba los informes como médico, no cesó jamás de venerarla. Dió en 1814, en el periódico de medicina de Salbourg, una relacion detallada de

los fenómenos observados en ANA CATALINA, á la cual remitimos al lector. El 4 de abril, M. Garnier, comisario general de policía, francés, vino de Munster para verla: y habiendo sabido que no profetizaba y que no hablaba de materias políticas, declaró que la policía no tenia nada que ver con ella. En 1826 se hablaba de ANA en Paris con respeto y emocion.

El 22 de julio de 1813, Overberg vino á verla con el conde Stolberg y su familia. Estuvieron á su lado dos dias. Stolberg, en una carta impresa muchas veces, atestó la verdad de los fenómenos observados en ANA CATALINA, y manifestó su veneracion para con la misma. Fue su amigo todo el tiempo de su vida, y su familia no cesó jamás de recomendarse á sus ruegos. El 29 de setiembre de 1813, Overberg trajo á verla á la hija de la princesa Gallitzin, que murió en 1816. Los dos vieron con sus propios ojos correr la sangre abundantemente de sus llagas. Esta mujer de alta distincion repitió su visita, y hecha despues princesa de Salm, estuvo constantemente ella y su familia en comunión de oraciones con ANA CATALINA. Otras muchas personas de todas condieiones en-

contraron del mismo modo consuelo y edificacion al lado de su cama.

El 23 de octubre de 1813 la trasportaron á otra habitacion que daba á un jardin. El estado de la pobre religiosa era cada dia mas penoso. Las llagas fueron para ANA, hasta la muerte, origen de dolores indecibles: no fijaba su pensamiento en las gracias que atestiguaban, pero los hacia servir de mérito para su humildad, considerándolos como una cruz pesada de que estaba cargada por sus pecados. Su pobre cuerpo debia tambien predicar de Jesus crucificado. Era difícil continuar siendo para todos un enigma; un objeto de sospecha para la mayor parte; de respeto, mezclado de temor, para muchos, sin dejarse llevar de la impaciencia, de la irritacion ó del orgullo. Se hubiera ocultado con gusto del mundo entero, pero la obediencia la obligó pronto á someterse á los juicios diversos de un gran número de curiosos. Padeciendo los dolores mas crueles, habia perdido ademas la propiedad de sí misma, y se habia vuelto como una cosa que cada uno creia tener derecho á ver y juzgar con frecuencia sin utilidad para nadie, y con gran perjuicio de su cuerpo y de su alma, por el

reposo y el recogimiento de que la privaban. Las preguntas indiscretas que se la hacian iban muy lejos, y se vió á un hombre muy grueso, que podia apenas pasar por la escalera, quejarse de que esta persona, que debia estar espuesta en un camino á la curiosidad pública, vivia en un sitio de una entrada tan penosa. En otros siglos, las personas que estaban en este estado sufrían en secreto un exámen de la autoridad espiritual, y cumplían su penosa carrera bajo la proteccion de los santos muros; pero nuestra pobre amiga habia sido espulsada del claustro al mundo en una época de orgullo, de indiferencia y de incredulidad: gratificada con las insignias de la Pasion, le era preciso llevar su túnica de sangre delante de hombres que no creían en las llagas de Jesucristo, y menos en las que solo eran una imágen suya. Así esta mujer, que durante tantas horas de su juventud habia orado delante de las estaciones dolorosas de Cristo ó delante de una cruz puesta sobre un camino, se habia vuelto ella misma como una cruz puesta sobre la via pública, insultada por los unos, cubierta de lágrimas de arrepentimiento por otros, considerada como un obje-

to del arte por muchos, coronada de flores por manos inocentes.

En 1817, su anciana madre vino del campo para morir á su lado. ANA CATALINA la mostró su amor filial en sus consolaciones y en sus oraciones, y le cerró los ojos con sus manos selladas el 13 de marzo del mismo año. La herencia que dejó la madre bastaba para la hija, que lo legó todo entero á sus amigos. Se componia de tres proverbios. «Señor, que vuestra voluntad se haga y no la mia.—Señor, dadme paciencia, y despues herid con fuerza.—Si esto no es bueno para la olla, es bueno, al menos, para ponerlo debajo.» El sentido de este último proverbio era: «Si esto no puede mantener el cuerpo, se puede quemar para cocer la comida; este dolor no mantiene mi corazon, pero sufriendolo con paciencia, yo puedo aumentar el fuego del amor, el cual nos hace útil esta vida.» Con frecuencia repetia estos proverbios, y entonces se acordaba de su madre. Su padre habia muerto antes.

El que escribe estas líneas tuvo conocimiento de su estado por una copia de la carta de Stolberg, citada mas arriba, y por un amigo que habia pasado algunas semanas

cerca de la enferma. En setiembre de 1818 fue convidado por el Obispo Sailer á reunirse con él en casa del conde de Stolberg, en Westfalia; estuvo primero en Sondermuhelen en casa de este último, que lo recomendó á Overberg, el cual le dió una carta para el médico de ANA CATALINA ENMERICH. Le hizo su primera visita el 17 de setiembre de 1818: ella le permitió pasar cada dia algunas horas á su lado, hasta la llegada de Sailer, y le mostró desde luego una confianza tan sencilla y tan cordial, que nadie le habia dispensado otra semejante. Conocia sin duda que le hacia una limosna espiritual bien preciosa, contándole sin reserva las pruebas, los gozos y los dolores de toda su vida. Le trató con la mas generosa hospitalidad y sin ninguna reserva, porque él no ofendia su humildad con una admiracion escesiva. Le abria todo su interior con la misericordia benévola de un piadoso solitario que ofrece por la mañana las frutas y las flores que se han abierto por la noche en su jardin á un viajero cansado, el cual, habiendo perdido su camino en el desierto del mundo, lo halla cerca de su ermita. Toda en Dios, lo hizo como un hijo de Dios, sin sospecha, sin des-

confianza, sin objeto particular. Que Dios se lo recompense.

Su amigo escribía cada día lo que observaba en ella, ó lo que ella le contaba de su vida interior ó exterior. Todas sus comunicaciones, notables tan pronto por una sencillez pueril como por una profundidad sorprendente, dejaban presentir todo lo profundo y lo sublime que descubrió mas tarde cuando fue claro que lo pasado, lo presente y lo venidero, la santificación, la profanación y el juicio formaban constantemente delante de ANA, y en ANA misma, un drama histórico y alegórico, al cual el año eclesiástico daba el motivo, las divisiones y las escenas, porque tal era el hilo que unía los ruegos y los padecimientos que ofrecía en holocausto por la Iglesia militante.

El 22 de octubre de 1818 Sailer vino á verla, y, habiendo observado que vivía detrás de una taberna, y que jugaban á los bolos debajo de su ventana, dijo del modo jovial y profundo que le era propio: «Esto está bien; esto debe de ser así; la religiosa enferma, la esposa de Nuestro Señor vive en una taberna, encima de un juego de bolos, como el alma del hombre dentro de su cuerpo.»

Su entrevista con ANA CATALINA fue tierna: era un hermoso espectáculo el ver estos dos corazones abrasados del amor de Jesucristo, y dirigidos por la Gracia y caminos tan diversos, encontrarse al pie de la Cruz, cuya imagen visible la llevaba uno de los dos. El viérnes 23 de octubre, Sailer estuvo solo á su lado casi todo el dia; vió salir la sangre de su cabeza, de sus manos y de sus pies, y ANA encontró en él grandes consolaciones en cuanto á sus trabajos interiores. El le recomendó que le comunicara al que escribe esto todo sin reserva, y al efecto habló con el director ordinario de ANA CATALINA. La confesó, la dió la comunión el sábado 24, y continuó su viaje hasta la residencia de Stolberg. Al volver, pasó un dia con ANA, al principio de noviembre. Fue su amigo hasta su muerte, rogó siempre por esta, y la pidió sus oraciones. El que escribe estas páginas estuvo hasta enero; volvió en mayo de 1819, y continuó sus observaciones casi sin interrupción hasta la muerte de ANA CATALINA.

Esta piadosa mujer pedia á Dios constantemente que le quitara las llagas exteriores á causa de la perturbación y de la fatiga que la causaban, y sus ruegos fueron oídos al fin

de siete años. Hacia el fin de 1819 la sangre salia rara vez de sus llagas, y despues cesó enteramente. El 25 de diciembre las costras de los pies y de las manos se cayeron, y se veian cicatrices blancas, que se volvian encarnadas ciertos dias: en cuanto á los dolores, siempre fueron los mismos. La marca de la cruz y la llaga del costado fueron con frecuencia visibles como antes, pero con irregularidad. Tuvo siempre en dias fijos la dolorosa sensacion de la corona de espinas alrededor de la cabeza. Entonces no podia apoyar su cabeza en ninguna parte ni tocarla con la mano, y estaba largas horas, y algunas veces noches enteras, sentada en la cama, sostenida con almohadas, pálida, lamentándose de dolor. Este estado se acababa con un flujo de sangre mas ó menos abundante alrededor de la cabeza. Algunas veces estaba empapada su toca sola; otras la sangre le corria por la cara y el cuello. El Viernes Santo, 19 de abril de 1819, todas sus llagas se abrieron y echaron sangre, y en los dias siguientes se cerraron.

Hubo una informacion rigurosa sobre su estado, hecha por médicos y naturalistas. Para esto la encerraron sola en una casa es-

traña, en donde estuvo desde el 7 hasta el 29 de agosto: este exámen no produjo ningun resultado ulterior. La llevaron á su casa el 29 de agosto: desde entonces la dejaron en reposo hasta su muerte, escepto algunas incomodidades privadas y algunos insultos públicos. Con este motivo Overberg le escribió las palabras siguientes: «¿Qué os ha sucedido personalmente de que podais quejaros? Yo hago esta pregunta á un alma que no desea nada mas que asemejarse á su Esposo celestial cada vez mas. ¿No habeis sido tratada con mas dulzura que vuestro Esposo? ¿No debe ser un motivo de gozo para vos, segun el espíritu, el que os hayan ayudado á ser igual á Él, y por consecuencia mas agradable? Habeis padecido muchos dolores con Jesucristo; pero hasta ahora los insultos habian sido escasos. Con la corona de espinas no habíais recibido el manto purpúreo, ni el vestido de escarnio, ni aun menos el grito *¡Que muera! ¡Que sea crucificado!* Yo no dudo de que estos sentimientos sean los vuestros. ¡Alabado sea Jesucristo!»

El Viernes Santo, 30 de marzo de 1820, su cabeza, sus pies, sus manos, su pecho y su costado echaron sangre. Uno de los que

la rodeaban, sabiendo que se aliviaba aplicándole alguna reliquia, habia puesto contra sus pies un paño que habia servido para envolver una, y la sangre de sus llagas llegó hasta este paño. Por la tarde, habiéndole puesto el mismo paño con las reliquias sobre el pecho y sobre la espalda, porque sufría mucho, dijo de pronto en un estado de éstasis: «¡Cosa singular! Yo veo á mi Esposo celestial reposar en su sepultura en la Jerusalem terrestre: ademas yo lo veo vivo en la Jerusalem celeste, en medio de muchos Santos que lo adoran, y en medio de esos Santos veo yo una persona que no es Santa, una religiosa. La sangre corre de su cabeza, de su costado, de sus manos, de sus pies, y los Santos están encima de sus miembros, que vierten sangre.»

El 9 de febrero de 1821 estuvo en un éstasis mientras el entierro de un sacerdote muy piadoso. La sangre corrió de su cabeza y de la cruz de su pecho. Uno la preguntó: «¿Qué teneis?» Y ANA respondió sonriéndose, y como saliendo de un sueño: «Estábamos cerca del cuerpo. He perdido la costumbre del canto de la Iglesia, y el *De profundis* me ha hecho una impresion muy grande.» Tres

años despues murió en el mismo dia. En 1821, algunas semanas antes de Pascua, contó que le habia dicho en su oracion: «Ten cuidado: tú sufrirás el dia verdadero de la Pasion, y no el dia designado este año en el Calendario eclesiástico.» El viernes 30 de marzo, á las diez de la mañana, cayó sin conocimiento. Su cara y su pecho se inundaron de sangre: su cuerpo apareció cubierto de heridas, que parecian provenir de azotes: al medio dia se puso en forma de cruz, y sus brazos se estendieron hasta dislocarse. Algunos minutos antes de las dos, sus manos y sus pies echaron gotas de sangre. El Viernes Santo, 20 de abril, estuvo en una contemplacion tranquila. Esta escepcion notable pareció un efecto de la proteccion divina, pues en la hora en que sus llagas echaban sangre ordinariamente, vinieron muchos curiosos incrédulos, que querian atraerle nuevas incomodidades publicando lo que hubieran visto; pero que contribuyeron, contra su intencion, á tranquilizarla, diciendo que ya no echaba mas sangre.

El 19 de febrero de 1822 fue tambien advertida que sufriria el último viernes de marzo y no el Viernes Santo. Sintió con fre-

cuencia escozores en el sitio de las llagas. Los viernes 15 y 29 la cruz del pecho y la llaga del costado echaron sangre. Antes del 29 le pareció mas de una vez que un torrente de fuego se precipitaba de su corazon á su costado, y por los brazos y las piernas hasta las llagas, que estaban encarnadas é inflamadas. El jueves 28, por la tarde, estuvo en una contemplacion relativa á la Pasion, hasta la tarde del viernes. Echó sangre por el pecho, la cabeza y el costado: todas las venas de sus manos estaban hinchadas, y en medio habia un punto doloroso y húmedo, aunque la sangre no corria. No salió sangre de las llagas hasta el 3 de marzo, dia de la Invencion de la Santa Cruz. Tuvo tambien una vision sobre el descubrimiento de la verdadera cruz por Santa Elena. Creia estar acostada en la fosa cerca de la cruz. Por la mañana echó mucha sangre por la cabeza y el costado; por la tarde, por las manos y los pies, y le parecia que probaban sobre ella si era la verdadera Cruz de Jesucristo, y que su sangre daba testimonio.

En 1823, el 27 y el 28 de marzo, Jueves y Viernes Santos, tuvo visiones sobre la Pasion, y mientras tanto echó sangre por todas

sus llagas con dolores agudos. En medio de estos padecimientos mortales, cuando no tenia su espíritu presente, tuvo que hablar y responder sobre todo lo concerniente á su casa: como si hubiera estado con fuerza y en sana salud, lo hacia sin murmurar, aunque estaba casi moribunda. Esta fue la última vez que su sangre dió testimonio de su union con los padecimientos de Aquel que se sacrificó todo entero por nosotros todos.

La mayor parte de las circunstancias de la vida estática que vemos en la vida y en los escritos de Santa Brígida, Gertrudis, Matilde, Hildegarda, Catalina de Sena, de Génova, de Bolonia, Colomba de Rietti, Lidwina de Schiedam, Catalina Vanini, Teresa de Jesus, Ana de San Bartolomé, Magdalena de Pazzis, María Villana, María Buonomi, Marina de Escobar, Crescencia de Kaufbeuern y de otras muchas religiosas contemporáneas, se manifiestan tambien en la historia de la vida interior de ANA CATALINA EMERICH. El mismo camino le fue marcado por Dios. ¿Habia llegado ANA al término como estas santas mujeres? Dios solo lo sabe: debemos pedir que así sea, y nos es permitido esperarlo. Los lectores que no conocen la

vida estática, según los escritos de los que la han tenido, hallarán los detalles sobre esto en la introducción de Goerres á los escritos de Enrique Suso, publicados en Ratisbona en 1829.

Como los cristianos celosos, para transformar su vida en un culto perpetuo, buscan en su trabajo diario la representación simbólica de algún modo de honrar á Dios, y se lo ofrecen en unión con los méritos de Jesucristo, no debe parecer extraño que los que pasan de la vida activa á una vida de padecimientos y de contemplación, vean algunas veces sus trabajos espirituales bajo la forma de las ocupaciones terrestres en que empleaban antes sus días. Entonces sus actos eran oraciones; ahora sus oraciones son actos, siendo la forma la misma. Así es que ANA CATALINA, en su vida estática, veía la serie de sus oraciones por la Iglesia bajo la forma de parábolas, sacadas de la agricultura, de la cría de los ganados, del oficio de tejedor ó de costurera. Todos estos trabajos se distribuían, según su significación, en las diversas épocas del año ordinario y eclesiástico, y se cumplían bajo la invocación y con el socorro del Santo de cada día y la apli-

cacion de la gracia especial de las fiestas correspondientes á la Iglesia. La significacion de este círculo de símbolos tenia relacion con toda la parte activa de su vida interior. Un ejemplo explicará nuestras palabras. Cuando ANA CATALINA, siendo muchacha aldeana, arrancaba una mala yerba, pedia á Dios que arrancara la zizaña del campo de la Iglesia. Si sus manos estaban picadas de las ortigas; si tenia que hacer el trabajo de los obreros negligentes, ofrecia á Dios su pena y su fatiga, y pedia en nombre de Jesucristo que los Pastores de las almas no se cansasen, y que ninguno dejara de trabajar con ardor. Así su trabajo diario era una oracion.

Ved aquí ahora un ejemplo de su vida contemplativa y estática. Habia estado enferma muchos dias y en un éstasis casi continuo, en el cual gemia muchas veces y con sus dedos hacia los movimientos de una persona que arranca yerba. Una mañana se quejó de escozor y de picor en las manos y en los brazos, y cuando los miraron de cerca, los vieron cubiertos de hinchazones iguales á las que produce la picadura de las ortigas. Entonces rogó á algunas personas co-

nocidas que unieran sus ruegos á los suyos para cierta intencion. Al dia siguiente sus dedos estaban doloridos é inflamados como despues de un trabajo escesivo: habiéndole preguntado la causa, respondió: «¡Ah! he tenido que arrancar tantas ortigas en la viña, porque los que estaban encargados de ello arrancaban solo la cabeza, y yo tenia con mucho trabajo que arrancar las raices de un terreno pedregoso.» El que la preguntaba, habiendo reprendido á los trabajadores negligentes, se quedó lleno de confusion de oirla responder: «Vos érais de ese número; los trabajadores que arrancan solo la cabeza de las ortigas y dejan subsistir las raices, son los que rezan con negligencia.» Se supo mas tarde que habia pedido por todas las diócesis que le habian sido presentadas bajo la imágen de viñas abandonadas á donde habia que trabajar. La inflamacion verdadera de sus manos prueba la estirpacion simbólica de las ortigas, y se debe esperar que las iglesias que le habian sido designadas por las viñas, sintieron el efecto de su oracion y de su trabajo espiritual; pues si es verdad que la puerta está abierta para el que llama, debe estarlo sobre todo para los que llaman

con tanto ardor que sus dedos están heridos.

Reacciones iguales del espíritu sobre el cuerpo se hallan con frecuencia en la vida de las personas sujetas al éxtasis y que participan de la fe. Santa Paula, según San Gerónimo, visitó los Lugares Santos en espíritu como si los hubiera visto corporalmente: lo mismo sucedió á Santa Colomba de Rieti y á Santa Lidwina de Schiedam, cuyo cuerpo conservó la marca de este viaje espiritual: ANA sintió todas las fatigas de un viaje penoso, se hirió los piés, y tuvo en ellos señales que parecían causadas por piedras ó por espinas; en fin, se torció un pie que la hizo sufrir mucho tiempo corporalmente. Conducida en este viaje por su Angel de la Guarda, le oyó decir que esas heridas corporales eran una señal de que había sido arrebataada en cuerpo y en espíritu. Iguales lesiones materiales se veían también en ANA CATALINA pocos instantes después de algunas de sus visiones. Lidwina comenzaba su viaje estático, según su buen Angel, por la capilla de la Virgen delante de Schiedam: ANA CATALINA comenzaba los suyos por seguir su Angel á la capilla vecina de su casa, ó al camino de la cruz de Coesfeld. Sus viajes á

la Tierra Santa los hacia por los caminos mas opuestos; algunas veces daba vuelta á la tierra cuando su marcha espiritual lo exigia. En el curso de sus viajes, desde su casa hasta los paises mas lejanos, socorria mucha gente, y ejercia con ellos las obras de misericordia espirituales y corporales: esto se hacia con frecuencia en parábolas. Al fin del año volvía á hacer el mismo camino, veía las mismas personas y contaba su progreso espiritual ó su retraso. Todo este trabajo se dirigia á la iglesia ó al reino de Dios en la tierra. El objeto de estas peregrinaciones diarias que hacia en sueños, era siempre la tierra prometida que ella observaba con los mayores detalles, y que veía tan pronto en su estado actual como en el estado en que aquella se encontraba en las diversas épocas de la Historia Sagrada; pues lo que la distinguia de las otras personas de la misma categoría era la gracia inaudita de una intuicion directa de la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento, de los personajes de la Sagrada Familia y de todos los Santos, hacía los cuales se dirigia su espíritu. ANA veía la significacion de todos los dias de fiesta del año eclesiástico bajo el aspecto del

culto y de la historia. Vió y contó día por día, describiendo los pormenores y nombrando los sitios, las personas, las fiestas, las costumbres y los milagros, los años de la predicacion de Jesus hasta la Ascension, y la historia de los Apóstoles muchas semanas despues de la venida del Espíritu Santo. No miraba todas estas visiones como un goce espiritual de su alma, sino como un campo fértil lleno de méritos de Jesucristo, y que no se habia aun puesto en producto: se ocupaba en espíritu con frecuencia, en reclamar para la Iglesia el fruto de tal ó tal pena del Señor; suplicaba á Dios que aplicara á su Iglesia los méritos del Salvador, que eran su herencia, de los cuales ella parecia tomar posesion en su nombre de una manera llena de sencillez.

Jamás traducia sus visiones á la vida cristiana exterior, y menos las atribuia ninguna autenticidad histórica. Esteriormente no conocia ni creia mas que el Catecismo, la historia popular de la Biblia, los Ev angelios de los domingos y de las fiestas, y el Calendario, que parecia á sus ojos el libro mas rico y mas profundo; pues él le ofrecia en unas cuantas hojas el hilo conductor con el cual

iba atravesando el tiempo, pasando de un misterio de redencion á otro, y solemnizándolo con todos los Santos, para recoger los frutos de la eternidad á su tiempo, conservarlos y distribuirlos en su peregrinacion alrededor del año eclesiástico, á fin de que la voluntad de Dios se cumpliera así en la tierra como en el cielo. No habia jamás leído el Antiguo ni el Nuevo Testamento; cuando estaba cansada de contar sus visiones, decia algunas veces: «Leedlo en la Biblia,» y extrañaba mucho oír que eso no se encontraba en ella; y añadía: «Pues hoy se oye decir sin cesar que todo está en la Biblia, que no se debe leer mas libro que ese, etc., etc.»

La verdadera ocupacion de su vida fue el padecer por la Iglesia y por algunos de sus miembros, cuyo desamparo veía en espíritu, ó que le pedían oraciones, sin saber que esta pobre religiosa enferma tuviera alguna cosa mas que ver con ellos que rezar un Padrenuestro, ignorando, sobre todo, que sus padecimientos espirituales y corporales venían á ser los suyos, y que debía luchar contra los dolores mas terribles, sin ser socorrida, como las contemplativas de otro tiempo, por las oraciones de una comu-

nidad religiosa. En el siglo en que vivia no tenia otro socorro mas que el de los remedios del médico. Cuando luchaba así contra algunos padecimientos, por los cuales se habia sustituido á otra persona, volvía los ojos hácia los padecimientos de la Iglesia, y sufriendo por un enfermo, ofrecia al mismo tiempo sus penas por la Iglesia entera.

Ved aquí un hecho notable de esa especie. Por espacio de muchas semanas se vieron en ANA síntomas de una tisis en último grado: irritacion estremada del pulmon, sudores que calaban toda la cama, tos arraigada, espectoracion continua, y calentura violenta sin interrupcion; se esperaba cada dia su muerte, ó, por mejor decir, se deseaba: tan horribles eran sus padecimientos. Se observaba en ANA una lucha estraña contra una grande facilidad á irritarse. Si sucumbia un instante, derramaba lágrimas, sus padecimientos se aumentaban, y no podia vivir sin reconciliarse por medio del sacramento de la penitencia. Luchaba siempre contra la aversion á una persona que estaba separada de ANA desde muchos años. Se desesperaba al observar que esta persona, con la cual no tenia nada que ver, la tenia siempre

delante con malas disposiciones de toda especie, y lloraba amargamente en medio de una gran perturbacion de conciencia, diciendo que no queria pecar, que debian ver su dolor, y otras cosas poco inteligibles para los que las oian. Su enfermedad se fue aumentando y se creyó que iba á morir. En el mismo momento uno de sus amigos se quedó sorprendido al verla levantarse de pronto y decir: «Rezad conmigo las oraciones de los agonizantes.» Hizo lo que le decia, y ANA respondió con una voz asentada mientras la Letanía. Á poco rato se oyó tocar á muerto, y una persona vino á pedirle por su hermana que acababa de morir. ANA CATALINA pidió con interes los detalles de su enfermedad y de su muerte, y su amigo oyó la descripcion mas exacta de la tisis que habia tenido ANA CATALINA. La difunta habia estado primero tan atormentada y tan inquieta, que parecia no poderse preparar á morir; pero hacia quince dias que estaba mejor: se habia reconciliado con Dios, y antes con una persona con quien estaba reñida; en fin, habia muerto en paz, y acompañada de todos los sacramentos, con la asistencia de aquella misma persona. ANA CATALINA dió una limosna

para su entierro. Sus sudores, su tos y su calentura desaparecieron; estaba como un hombre rendido de cansancio que se ha mudado de ropa y se ha acostado en una cama fresca. Su amigo la dijo: «Cuando habeis tenido esta enfermedad sobre vos, esa mujer se puso mejor; su odio contra la persona de que se hablaba era el solo obstáculo de su reconciliacion con Dios. Vos tomásteis este odio sobre vos misma; ella ha muerto reconciliada, y vos estais en buen estado. ¿Os hallais todavía inquieta con motivo de esa persona?—Dios me preserve de estarlo, respondió ANA; eso me parecia muy irracional; pero, ¿cómo no sufrir cuando la punta sola de un dedo sufre? Todos somos un solo cuerpo en Jesucristo.—Gracias á Dios por haber recobrado un poco de tranquilidad, le dijo su amigo.» ANA se sonrió, y contestó: «No durará mucho tiempo; hay otras que me esperan.» Entonces se volvió, y quedó tranquila.

Pocos dias despues sintió dolores agudos en todos los miembros, y todos los síntomas de una hidropesía del pecho se manifestaron. Descubrimos la enferma por quien sufría, y veíamos que sus padecimientos disminuían ó aumentaban de pronto considerablemente,

segun que los de ANA CATALINA crecian ó cesaban. Así la caridad la hacia tomar sobre sí las enfermedades y aun las tentaciones de otros, á fin de que los que de este modo socorria pudieran prepararse á la muerte. Tenia que sufrir en silencio para ocultar las miserias de su prójimo y para no pasar por una loca; tenia que aceptar con paciencia los socorros de la medicina para estas enfermedades que no eran suyas, y los reproches por las tentaciones de los otros; en fin, tenia que pasar por una mujer pervertida á los ojos de los hombres, para que las personas por quienes sufria aparecieran convertidas á los ojos de Dios.

Un amigo muy afligido estaba sentado á su lado; de pronto tuvo un éstasis, y se puso á orar en alta voz: «¡Oh mi buen Jesus! dejadme llevar un rato esta piedra tan pesada.» Su amigo la preguntó qué tenia. «Estoy en el camino de Jerusalem, dijo, y hay un pobre hombre que va arrastrando con una piedra enorme sobre el pecho.» Y despues añadió: «Dadme esa piedra; vos no la podeis llevar mas; dádmela.» De pronto cayó sin conocimiento, como oprimida de un peso enorme. En el mismo instante su amigo sintió

su pecho libre de la pena que lo oprimia, y le sucedió una alegría extraordinaria. Cuando la vió en un estado tan triste, la preguntó qué tenia: ANA le miró sonriéndose, y le dijo: «No puedo estar aquí mas tiempo; pobre hombre, tomad vuestra carga.» Al momento toda la afliccion de este hombre volvió á su corazon, y habiendo ANA vuelto á su estado precedente, continuó su viaje en espíritu hasta Jerusalem.

Contaremos todavía un hecho notable de su actividad de espíritu. Una mañana dió á un amigo un saquito lleno de harina de centeno y huevos, y le descubrió una casa en donde vivia una pobre mujer tísica, con su marido y dos niños. Debia decir á la mujer que con aquello hiciera unas puches, que serian buenas para el pecho. Cuando al entrar en la choza este amigo sacó el saquito de debajo de su capa, la pobre madre, que estaba abrasada con una calentura ardiente, y tendida en un jergon en medio de sus hijos casi desnudos, lo miró con ojos ardientes, tendió hácia él sus manos lívidas, y le dijo con voz temblorosa: «¡Oh Señor! ¡Dios es quien os envia, ó la hermana EMMERICH! Me traeis harina de centeno y huevos.» Esta

mujer, enternecida, lloró, tosió é hizo seña á su marido que respondiera por ella. Este dijo que Gertrudis habia tenido un sueño muy agitado la noche precedente, y habia hablado durmiendo: que habiéndose despertado, le habia contado así su sueño: «Me parecia estar contigo á la puerta de casa; la piadosa monja ha salido de una casa vecina, y te he dicho que la miraras. Se ha parado delante de nosotros, y me ha dicho: «¡Ah Gertrudis, tienes el semblante de estar muy enferma! Yo te mandaré harina de centeno y huevos; eso es bueno para el pecho:» entonces he despertado.»

Tal fue la simple relacion de este hombre; mostraron vivamente su gratitud, y el que les habia llevado la limosna de ANA CATALINA salió de la casa conmovido. Cuando la vió, no le dijo nada de todo esto; pero algunos dias despues ANA le envió á la misma casa con un presente igual, y él le preguntó cómo conocia á aquella mujer. «Ya sabeis, le respondió, que yo rezo por la noche por todos los que sufren; quisiera ir á ellos para ayudarlos, y sueño ordinariamente que voy de una casa de dolor á otra, y que así los ayudo como puedo. Así he ido en sueños á

casa de esta pobre mujer, que estaba á su puerta con el marido, y le he dicho: «¡Ah Gertrudis, tienes semblante de estar muy enferma! Yo te mandaré harina de centeno y huevos: esto es bueno para el pecho.» Así lo hice con vos por la mañana.» Las dos habían estado cada una en su cama y soñado lo mismo, y el sueño se había verificado. San Agustín, en la *Ciudad de Dios*, cuenta un hecho igual de dos filósofos que se visitaron en sueños y explicaron algunos pasajes de Platon, habiendo dormido cada uno en su casa.

Esos padecimientos y ese género de actividad eran como un rayo cuya luz alumbraba toda su vida. El número de trabajos espirituales y de padecimientos simpáticos que desde el mundo en que vivía penetraban en su corazón abrasado del amor de Jesucristo, era infinito. Como Santa Catalina de Sena y otras contemplativas, sentía con toda la fuerza de una profunda convicción que el Salvador le arrancaba el corazón del pecho, y que ponía el suyo por algún tiempo en su lugar.

La relación siguiente puede dar una idea del simbolismo profundo que la dirigía inte-

riormente. Una parte del año 1820 trabajó en espíritu por algunas parroquias: sus oraciones estaban representadas bajo la forma de diversos trabajos penosos de un viñador. Á esto hace alusion la historia de las ortigas, referida mas arriba. El 6 de setiembre su conductor la dijo: «Tú has cavado, podado, atado la viña: tú has quemado las malas yerbas para que no puedan nacer jamás; despues te has marchado llena de gozo, y has dejado reposar tu oracion: prepárate ahora á trabajar bien desde la Natividad de la Virgen hasta San Miguel; la uva madura, y es menester guardarla.» Entonces me condujo á la viña de San Liborio, y me mostró las viñas en que habia trabajado. Mi trabajo habia prosperado: las uvas coloreaban y crecian, y el mosto corria hasta el suelo en algunos sitios. Mi conductor me dijo: «Cuando la vida se manifiesta en las personas de piedad, tienen que combatir, están oprimidas, sufren la tentacion y la persecucion. Es menester plantar un seto para que las uvas maduras no sean destruidas por los ladrones ó por los animales que representan la tentacion y la persecucion.» Entonces me enseñó á levantar una pared con piedras

amontonadas y á formar alrededor un seto espeso de espinos. Como mis manos echaban sangre con este rudo trabajo, Dios, para animarme, permitió que la esencia y la significacion de la viña y de algunos árboles frutales me fuesen reveladas. La verdadera cepa es Jesucristo, que debe crecer en nosotros: todo sarmiento inútil debe cortarse para no dispersar la savia, que debe trasformarse en vino, y en el Santísimo Sacramento, en la sangre de Jesucristo. La poda de la viña se hace con ciertas reglas que me han sido reveladas. Es, en un sentido espiritual, la privacion de todo lo superfluo, la penitencia y la mortificacion, para que la verdadera cepa crezca en nosotros y produzca frutos, en lugar de la naturaleza corrompida, que no produce mas que sarmientos y hojas. Se poda con reglas fijas: consiste únicamente en suprimir en el hombre ciertas varas exuberantes; arrancar de raiz una mutilacion culpable. La poda no debe jamás atacar el tronco, que ha sido plantado en la humanidad por la intercesion de la Virgen Santísima para toda la eternidad. La verdadera cepa une el cielo á la tierra, la divinidad á la humanidad: lo que es humano debe ser poda-

do, á fin de que solo lo divino pueda crecer. Yo vi tantas cosas relativas á la viña, que un libro tan grande como la *Biblia* no podria contenerlas. Un dia que padecia horriblemente del pecho, pedí á Dios que no me hiciera llevar una carga superior á mis fuerzas; entonces mi Esposo celestial se me apareció, y me dijo: «Yo te he acostado sobre mi lecho nupcial, que es un lecho de dolores, y te he dado por vestidura y por joyas los padecimientos y la expiacion: debes sufrir; no te abandonaré; estás atada á la cepa; no te perderás.» Entonces me sentí consolada en medio de mis dolores. Tambien me ha explicado por qué en las visiones relativas á las fiestas de la familia de Jesus, por ejemplo, á la de Santa Ana, de San Joaquin, de San José, etc., veo siempre la iglesia de la fiesta como un tallo de una cepa. Lo mismo es en la fiesta de San Francisco de Asís, de Santa Catalina de Sena y de todos los Santos estigmatizados.

«La significacion de mis dolores en todos los miembros me fue explicada en la vision siguiente: vi un enorme cuerpo humano mutilado horriblemente y elevado hacia el cielo: no tenia dedos en los pies ni en las

manos: el tronco estaba cubierto de horribles heridas; algunas estaban frescas, y echaban sangre; otras cubiertas de carne muerta. Un lado entero estaba negro, gangrenado y carcomido. Yo sentia en mí todos estos padecimientos, y entonces mi conductor me dijo: «Es el cuerpo de la Iglesia, el de todos los hombres y el tuyo.» Despues, mostrándome cada herida, me indicaba con el dedo una parte del mundo: vi una infinidad de hombres y de pueblos separados de la Iglesia, cada uno de su manera, y yo sentí esta separacion tan dolorosamente como si se hubieran separado de mi cuerpo. Entonces mi conductor me dijo: «Aprende la significacion de tus padecimientos, y ofrécelos á Dios con los de Jesucristo por los que se han separado. Un miembro debe llamar al otro, y sufrir para curarlo y atarlo al cuerpo. Cuando son los mas próximos los que se separan, es la carne que se arranca del pecho alrededor del corazon.» Yo pensé en mi sencillez que se trataba de hermanos y de hermanas que no están en comunion con nosotros: pero mi conductor añadió: «¿Quiénes son mis hermanos? Los que guardan los mandamientos de mi Padre. Los mas próximos al corazon

no son los mas cercanos en la sangre, sino los mas próximos en la sangre de Cristo, los hijos de la Iglesia que caen.» Él me enseñó que el lado negro y gangrenoso se curaria pronto; la carne corrompida que habia crecido alrededor de las heridas representa los heréticos, que se dividen conforme crecen; la carne muerta es la imágen de los que están muertos espiritualmente, y que no sienten nada: las partes trasformadas en hueso representan los heréticos obstinados y endurecidos. Yo vi y sentí: así cada llaga y su significacion. El cuerpo llegaba al cielo. Era el cuerpo de la Esposa de Jesucristo. Este espectáculo era bien triste. Yo lloraba amargamente, pero afligida y fortificada al mismo tiempo por el dolor y la compasion, me puse á trabajar con todas mis fuerzas.»

Sucumbiendo bajo el peso de la vida y del trabajo que le habia sido impuesto, suplicaba diariamente á Dios que la libertase, y se la veia con frecuencia así al borde del sepulcro; pero siempre decia: «Señor, no mi voluntad, sino la vuestra. Si mis ruegos y mis padecimientos son útiles, dejadme vivir mil años; pero que muera antes que ofenderos.» Entonces recibia orden de continuar

viviendo: se levantaba con su cruz, y la llevaba siguiendo al Señor. De cuando en cuando el camino de su vida le era mostrado; se dirigia hácia lo alto de una montaña, á donde habia una ciudad resplandeciente: la Jerusalem celeste. Con frecuencia creia haber llegado al lugar de beatitud que estaba cerca, y su gozo era grande. Pero de pronto se veia separada de él por un valle; por todas partes habia que sufrir, que trabajar, que ejercer la caridad. Era menester enseñar el camino á los que se perdian, levantar á los que se caian, algunas veces llevar paralíticos, y arrastrar por fuerza á los que se resistian: eran otras tantas nuevas cargas que se unian á su cruz. Entonces andaba mas difícilmente, se doblaba bajo el peso, y caia al suelo.

En 1823 repitió con mas frecuencia que de ordinario que no podia cumplir su trabajo en la situacion en que se hallaba; que sus fuerzas no bastaban; que necesitaba un convento tranquilo para vivir y morir. Añadia que Dios la llamaria pronto á Él; que le habia pedido que la permitiera obtener por sus ruegos en el otro mundo lo que su debilidad la impedia de acabar en este. Santa Catalina

de Sena, poco antes de morir, habia hecho una oracion igual. ANA CATALINA habia tenido antes una vision sobre lo que podian producir sus ruegos despues de su muerte con relacion á ciertas cosas que no existian en su vida. El año 1823, que fue el último en que ANA corrió por entero el círculo del año eclesiástico, le dió trabajos infinitos. Quise cumplir todo su trabajo, y así es que cumplió la promesa hecha anteriormente de contar toda la Pasion. Fue el objeto de sus meditaciones de la Cuaresma de este año, las cuales componen el presente volúmen. Su parte no fue menos grande en el misterio fundamental de este tiempo de penitencia que en los misterios de cada uno de los días de fiesta de la Iglesia: si la palabra *tomar parte* significa bastante la relacion en virtud de la cual ANA daba un testimonio visible al misterio celebrado en cada fiesta por una alteracion en su vida espiritual y corporal, leed con este motivo el capítulo de este libro titulado *Interrupcion de los cuadros de la Pasion*.

Todas las ceremonias y las fiestas de la Iglesia eran para ANA algo mas que la consagracion de un recuerdo. Veia el fundamento histórico de cada solemnidad como

un acto de Dios operado en el tiempo para reparacion de la humanidad decaida. Aunque estos actos divinos le aparecian con el carácter de la eternidad, conocia que para aprovechar al hombre en la esfera estrecha y medida del tiempo, era menester que tomara posesion de ellos por una serie de monumentos sucesivos, y que para esto debian de ser repetidos y renovados en la Iglesia en un orden establecido por Jesucristo y el Espíritu Santo. Todas las fiestas y las solemnidades eran para sus ojos gracias de la eternidad que volvian en épocas fijas cada año eclesiástico, lo mismo que los frutos de la tierra vienen en su época cada año. Recogia con un celo infatigable estos frutos de gracia, los conservaba, y los ofrecia por todos los que no cuidaban de atesorarlos. Así como su compasion para el Redentor crucificado habia sido acogida por Dios, y le habia merecido el ser marcada con las llagas de la Pasion como un sello de amor el mas perfecto, así siempre que la Iglesia y los afligidos padecian, sus padecimientos se reproducian en su cuerpo y en su alma. Y todo esto pasaba sin que lo supiera nadie de los que la rodeaban, y sin que ANA tuviera

mas conocimiento que el que tiene la abeja de su trabajo: mientras que cuidaba y cultivaba como una jardinera fiel y diligente el jardin fértil del año eclesiástico, vivia de sus frutos, y los distribuia; animaba sus fuerzas y las de los otros con las flores y las yerbas que en él cogia, ó, por mejor decir, ANA era en él una sensitiva, un mirasol, una planta maravillosa, en donde se producian, sin el concurso de su voluntad, todas las estaciones del año, todas las horas del dia, todas las variaciones de la temperatura.

Al fin del año eclesiástico 1823, tuvo por la última vez una vision relativa á las cuentas de aquel año. Diversos símbolos le representaron las negligencias de la Iglesia militante y de sus servidores; vió cuántas gracias no habian sido cultivadas ó recogidas, y cuántas se habian perdido. Le fue enseñado que el Redentor habia puesto para cada año en el jardin de la Iglesia un tesoro completo de sus méritos, para suplir á todas las necesidades y á todas las expiaciones. Las gracias despreciadas, disipadas ó perdidas (y habia bastante para levantar al hombre mas decaido, para libertar el ánima del purgatorio mas olvidada), debian de ser pe-

didas con el mayor rigor, y la Iglesia militante estaba castigada de esas negligencias y de esas infidelidades de sus servidores, con la opresion de sus enemigos y con humillaciones temporales. Estas revelaciones exaltaban en el mas alto grado su amor para la Iglesia, su Madre. Pasaba dias y noches orando por ella, ofreciendo á Dios los méritos de Jesucristo, y pidiendo misericordia. En fin, reconcentró todas sus fuerzas, y se ofreció á tomar sobre sí el pecado y el castigo, lo mismo que un niño que se presentase ante el trono del Rey para sufrir el juicio hecho contra su madre. Le fue dicho entonces: «Ve cómo estás llena de miserias, tú que quieres satisfacer por los otros;» y ANA se vió con terror en una triste imagen llena de imperfecciones infinitas. Pero la impetuosidad de su amor se mostró todavía con mas instancia en estas palabras: «Sí, estoy llena de miserias y de pecados, pero soy vuestra esposa, ¡oh mi Señor y mi Salvador! Mi fe en Vos y en la redencion que viene de Vos, cubre todos mis pecados con vuestro manto real. Yo no os dejaré hasta que acepteis mi sacrificio, porque el tesoro abundante de vuestros méritos no está cerrado para ningun-

no de los fieles.» Al fin su oracion fue singularmente enérgica: era para oídos humanos como una querella y una lucha con Dios, á que la llevaba el atrevido impulso del amor. Cuando su sacrificio era aceptado, su actividad cesaba por algun tiempo, y estaba ocupada con la repugnancia de la naturaleza humana contra los padecimientos. Cuando habia sostenido este combate, los ojos fijos sobre el Redentor en el jardin de los olivos, los dolores que soportaba de toda especie eran indecibles. La vimos con frecuencia estar muchos dias sin conocimiento, como un cordero al morir. Si la preguntábamos cómo estaba, abria los ojos para sonreirse, y decia: «¡Estos dolores son tan saludables!»

Al principio del Adviento sus dolores se calmaron con dulces visiones sobre los preparativos de viaje de la Virgen Santísima, y despues sobre todo su viaje á Belen con San José. ANA los acompañaba cada dia en las posadas, ó iba delante para procurarles alojamiento. En ese tiempo cogia pedazos viejos de tela, y por la noche, en medio del sueño, hacia pañales, camisas y gorros para los niños de las mujeres pobres que estaban de parto. Por la mañana veia con sorpresa

todas las cosas compuestas en su armario. Esto le sucedia todos los años por la misma época; pero este año tuvo mas fatiga y menos consuelo. Así, en la hora del nacimiento del Salvador, que era ordinariamente para ANA un momento de gozo, se arrastró con mucho trabajo en espíritu hasta el niño Jesus en su pesebre, y no le llevó otro presente mas que mirra, ni otra ofrenda mas que su Cruz, con el peso de la cual cayó como muerta á sus pies. Parecia que acababa su cuenta terrestre con Dios, y que se entregaba por la última vez por todos los hombres afligidos espiritual y corporalmente. Lo poco que se pudiera saber de esta sustitucion á los diversos padecimientos de los otros, toca en lo incomprensible. ANA decia con razon: «El Niño Jesus no me ha traído este año mas que una Cruz é instrumentos de martirio.»

Desde entonces se concentró cada dia mas en sus padecimientos, no habló casi nada, y aunque continuaba viendo los viajes de Jesus en su predicacion, indicaba á lo sumo en pocas palabras la direccion de su marcha. Una vez preguntó de pronto con una voz que apenas se percibia: «¿Qué dia es hoy?». Habiéndole respondido que era el

14 de enero, añadió: «Dentro de pocos dias habré contado toda la vida del Señor; pero esto ya no me es posible.» Estas palabras parecieron tanto mas estrañas, cuanto que no parecia saber de qué año de la predicacion de Jesucristo estaba su espíritu actualmente ocupado. En 1820 habia contado la historia del Salvador hasta la Ascension, habiendo comenzado por el 28 de julio del tercer año de la predicacion de Jesus; despues volvió al primer año de la vida de Jesus, y habia continuado hasta el 10 de enero del tercer año de la predicacion. El 27 de abril de 1823 hubo, á causa de un viaje que hizo el escritor, una interrupcion que duró hasta el 21 de octubre. Siguió el hilo de la historia á donde lo habia dejado, y continuó hasta las últimas semanas de su vida. Cuando habló de algunos dias que faltaban, su amigo no sabia hasta dónde llegaba la historia, porque no habia coordinado lo que escribia. Despues de su muerte se convenció de que si Ana hubiera podido hablar los catorce últimos dias de su vida, la narracion habria vuelto al 28 de julio del tercer año de la predicacion, y, por consecuencia, al sitio donde habia comenzado en 1820.

Su estado cada día se hacia mas alarmante. ANA, que ordinariamente sufría en silencio, daba gemidos; tal era la fuerza de sus dolores. El 15 de enero dijo: «El Niño Jesus me ha traído en su Natividad grandes dolores. Me he encontrado de nuevo en el pesebre de Belen. Él tenía calentura, y me enseñaba sus padecimientos y los de su Madre. Estaban tan pobres, que tenían un pedazo de pan por todo alimento. Me ha dado dolores todavía mayores, y me ha dicho: «Tú eres mía, tú eres mi esposa: sufre como yo he sufrido, y no preguntes por qué.» Yo no sé lo que será ni si durará mucho tiempo. Yo me abandono enteramente á mi martirio, que sea menester vivir ó que sea menester morir. Yo deseo que la voluntad secreta de Dios se cumpla sobre mí. Estoy tranquila, y tengo consuelo en mis penas. Esta mañana aun era muy feliz. Bendito sea el nombre del Señor.»

Sus dolores se aumentaron todavía, si es posible. Sentada sobre su cama, los ojos cerrados, se lamentaba con una voz apagada, y se caía á uno y otro lado. Si se acostaba, se ahogaba: su respiracion se precipitaba: todos sus nervios y sus músculos temblaban

y se agitaban de dolor. Su garganta estaba abrasada, su boca hinchada, sus mejillas coloradas con la calentura, sus manos pálidas como el marfil. Las cicatrices de las llagas brillaban como la plata sobre su piel estirada; su pulso daba 160 á 180 pulsaciones por minuto. Aunque no podia hablar á causa del esceso de sus padecimientos, todas sus obligaciones estaban presentes á su espíritu. El 26 por la tarde dijo á su amigo con una voz casi estinguida: «Hoy es el dia noveno; es menester pagar la vela y la novena á la capilla de Santa Ana.» Era una novena que habia mandado hacer por su intencion, y temia que las personas que la rodeaban la olvidasen. El 27, á las dos de la tarde, recibió la Estremauncion. Por la noche, su amigo, el escelente cura de H..., rezó al lado de su cama: fue esto de tanto consuelo para ANA, que le dijo: «¡Cuán bueno y cuán bello es todo esto!» Y despues: «¡Dios sea mil veces bendito y alabado!»

La proximidad de la muerte no destruia enteramente la union maravillosa de su vida con la de la Iglesia. Habiéndola un amigo visitado el 1.º de febrero por la noche, se habia colocado detras de su cama sin ser

visto, y escuchaba con grande compasion sus gemidos y su respiracion fatigosa. De pronto no oyó nada, y creyó que estaba muerta. En este momento la campana que anunciaba los maitines de la fiesta de la Purificacion, comenzó á tocar. Era el principio de esta fiesta el que habia arrebatado su alma en un éstasis. Aunque su estado era siempre muy alarmante, algunas palabras afectuosas sobre la Vírgen Santísima salieron de su boca en la noche y en el dia de la fiesta. Á las doce, dijo con voz alterada ya por la muerte: «No habia estado tan bien desde hace mucho tiempo. Ocho dias hace que estoy enferma, ¿no es verdad? Ya no sé nada de este mundo tenebroso. ¡Oh qué luz me ha hecho ver la Madre de Dios! Me ha llevado á su lado, y hubiera querido estarme allí.» Aquí se recogió un momento, y despues dijo poniéndose el dedo en la boca: «Pero yo no debo hablar de eso.» Desde entonces decia que todo lo que podian decir en su elogio redoblaba sus padecimientos.

Los dias siguientes estuvo peor. El 7 por la noche, encontrándose mas tranquila, dijo: «¡Ah Jesus! mil gracias por el tiempo de mi vida. Señor, que vuestra voluntad se haga,

y no la mia.» El 8 de febrero por la noche un sacerdote rezaba al lado de su cama; le besó la mano con gratitud, le rogó que asistiera á su muerte, y le dijo: «Jesus, vivo por Vos y muero por Vos. ¡Señor, bendito seais; ya no veo, ya no oigo!» Queriendo mudarla de postura para aliviarla, dijo: «Estoy sobre la cruz; pronto se acabará; dejadme.» Habia recibido todos los Sacramentos; pero queria confesarse de una falta ligera de que se habia acusado muchas veces; esta falta era probablemente de la misma especie que ese pecado de su infancia de que se habia acusado con frecuencia, y que consistia en haber entrado por cima del seto del jardin de su vecino, y haber mirado con envidia unas manzanas caidas de un árbol; «porque, gracias á Dios, decia, no las habia tocado.» Esto le parecia una violacion del décimo mandamiento. El sacerdote le dió una absolucion general: ANA hizo un movimiento para estenderse, y se creyó que se moria. Se acercó á su cama una persona que decia haberle causado pena con frecuencia, y le pidió perdon. ANA la miró sorprendida, y la dijo con un acento de verdad muy espresivo: «No hay nadie sobre la tierra contra quien yo tenga algo.»

En los últimos días, como se esperaba á cada momento el verla morir, habia con frecuencia amigos en el cuarto que precedia al suyo. Estando ellos hablando muy bajo, y de modo que ANA no pudiera oirlos, de su paciencia, de su fe y de sus otras virtudes, oyeron de pronto su voz moribunda que decia: «¡Ah! por el amor de Dios, no me elogieis; eso me tiene aquí, porque tengo que sufrir doble. ¡Oh Dios mio; ved aquí nuevas flores que caen sobre mí!» Veia siempre las flores como el símbolo y el anuncio de algun dolor. Despues añadió: «Dios solo es bueno: todo se ha de pagar, hasta el último maravedí. Yo soy pobre y llena de pecados; yo no puedo pagar ese elogio sino con dolores unidos á los de Jesus. No me elogieis, dejadme morir en la ignominia con Jesus sobre la cruz.» Boudon, en la *Vida del P. Sevein*, trae un hecho igual de un moribundo que parecia que ya no oia y que rechazó todo elogio pronunciado á su lado.

Pocas horas antes de su muerte, que imploraba con frecuencia por estas palabras: «¡Señor, socorredme; venid, Jesus mio!» un elogio pareció chocarla, y protestó con energía por el acto de humildad siguiente:

« Yo no puedo morir si tantas buenas personas piensan bien de mí por error: decid, pues, á todos que soy una miserable pecadora. ¡Ah si pudiera gritar de modo que todos supieran cuán pecadora soy! Soy menos que el buen ladrón que estaba en cruz cerca de Jesus, pues él y todos los que vivían entonces no tenían que dar una cuenta tan terrible como nosotros, que tenemos todas las gracias concedidas á la Iglesia. » Despues de esta declaracion, pareció tranquilizarse, y dijo al sacerdote que la consolaba: « Ahora tengo tanta paz y tanta confianza como si jamás hubiera cometido un pecado. » Sus ojos se dirigian con amor sobre la cruz puesta al pie de su cama: su respiracion era precipitada, bebia con frecuencia, y cuando le presentaban el Crucifijo, le besaba solo los pies por humildad. Un amigo que lloraba de rodillas al lado de su cama, tenia el consuelo de presentarle el vaso de agua para humedecerse los labios. Habiendo puesto sobre el cobertor su mano, donde brillaba la cicatriz blanca de su llaga, él se la cogió, y como interiormente deseaba tener una señal de adios de su parte, ANA le apretó ligeramente la suya; su cara tranquila y serena tenia una gravedad sublime; era

la espresion de un atleta que habiendo hecho esfuerzos inauditos para llegar al término, cae y muere al coger la corona. El sacerdote rezó de nuevo á su lado las oraciones de los agonizantes, y ANA se sintió advertida de que se acordase delante de Dios de una jóven y piadosa amiga de quien eran los dias. Dieron las ocho: respiró mas tranquilamente algunos minutos, y gritó tres veces con un gemido profundo: «¡Señor, socorredme! ¡Señor, Señor, venid!» El sacerdote tocó la campanilla, y dijo: «¡Se muere!» Muchos parientes y amigos que estaban en la pieza contigua entraron en el cuarto y se arrodillaron para rezar. ANA tenia en la mano una vela encendida, que sostenia el sacerdote. Dió todavía algunos ligeros suspiros, y su alma pura se salió de sus castos labios con la vestidura de esposa para precipitarse llena de esperanza ante su Esposo celestial, y para unirse al coro de las vírgenes que acompañan al Divino Cordero por todas partes. Su cuerpo inanimado se hundió poco á poco en las almohadas, á las ocho y media de la noche, el 9 de febrero de 1824.

Una persona que se tomó mucho interes por ANA durante su vida ha escrito lo si-

guiente: «Despues de su muerte, me acerqué á la cama; estaba recostada sobre las almohadas del lado izquierdo; encima de su cabeza estaban colgadas en cruz, en un rincón, las muletas que le habian preparado sus amigas en una ocasion en que ANA habia podido dar algunas vueltas por el cuarto. Al lado habia un cuadro al óleo representando el tránsito de la Virgen Santísima, que le habia dado la princesa de Salm. La espresion de su cara era sublime: estaba retratada en ANA toda una vida de sacrificios, de paciencia y de resignacion; parecia haber muerto por amor á Jesucristo en el ejercicio de alguna obra de caridad para con los otros. Su mano derecha reposaba sobre el cobertor; esta mano, á la cual Dios habia dado la gracia inaudita de conocer y tocar todo lo que era santo, todo lo consagrado por la Iglesia, gracia que quizás nadie recibió jamás en igual grado, gracia cuyos resultados podian ser incalculables, con tal que se hiciera de ella un uso sabio, y que, sin duda, no habia sido dada á una mujer del campo solo para distraccion espiritual. Yo cogí por última vez esta mano marcada de un signo tan venerable; este instrumento espiritual que

seguia detras del velo de la naturaleza toda sustancia santificada para reconocerla y honrarla aun en un grano de arena; esta mano bienhechora, laboriosa, que tantas veces habia dado de comer al hambriento y vestido al desnudo; esta mano estaba fria y sin vida. Una gran gracia se habia ido de la tierra: Dios nos habia retirado la mano de su esposa, que daba testimonio, que rezaba, que sufria por la verdad. No parecia que habia puesto sin objeto, con resignacion, sobre su cama, esta mano, símbolo de una virtud particular concedida por la gracia divina. Como los preparativos necesarios que se hacian á su alrededor con grande actividad amenazaban interrumpir la viva impresion que me causaba su semblante, salí del cuarto todo pensativo. «Si, como tantas otras Santas habitantes del desierto, decia yo en mí mismo, hubiera muerto solitaria en un sepulcro abierto con sus manos, los pájaros, sus amigos, la hubieran cubierto de hojas y de flores; si, como tantas personas de su profesion, hubiera muerto entre las vírgenes consagradas á Dios, y hubiera sido acompañada al sepulcro por sus cuidados y su veneracion, hubiera sido edificante

y satisfactorio para el corazon; pero sin duda estos honores dados á sus restos no agradarian á su amor á Jesucristo, á quien deseaba parecerse tambien en la muerte.»

El mismo amigo escribia mas tarde lo siguiente: «Por desgracia no se hizo constatar oficialmente el estado de su cuerpo despues de su muerte; no se hicieron pesquisas, con las cuales la habian atormentado tanto durante su vida. Aun los que la rodeaban descuidaron examinarla, por miedo, sin duda, de encontrar algun fenómeno extraño cuyo descubrimiento hubiera podido ocasionar muchas incomodidades. El miércoles 11 de febrero prepararon su cuerpo para la sepultura. Una mujer piadosa, que no quiso ceder á nadie el cuidado de darle esta última prueba de afeccion, me describió en estos términos el estado en que la encontró: «Sus pies estaban cruzados como los de un »Crucifijo. Las llagas estaban mas coloradas »que de costumbre. Cuando levantaron su »cabeza le salió sangre de las narices y de »la boca. Todos sus miembros conservaron »su flexibilidad hasta en la caja.» El viernes 13 de febrero fue conducida al sepulcro, acompañada de todas las personas del lu-

gar. Reposa en el cementerio á la izquierda de la cruz, al lado del seto. En la fosa que está delante de la suya reposa un buen viejo labrador de Welde; en la que sigue, una piadosa labradora de Dernekamp.

»La tarde del día en que fue enterrada vino un hombre rico, no á casa de Pilatos, sino á casa del cura del pueblo. Le pidió el cuerpo de la difunta, no para ponerlo en un sepulcro nuevo, sino para comprarlo por una suma considerable por cuenta de un médico holandés. La proposición fue desechada, como debía serlo; pero parece que corrió la voz en el pueblo de que habían robado el cadáver, y que los habitantes fueron al cementerio á ver si habían profanado su sepultura.»

Añadiremos á estos detalles el extracto siguiente de un relato impreso en diciembre de 1824, en el periódico de literatura católica de Kertz. Proviene de una persona que no conocemos, pero que está bien instruida. «Seis ó siete semanas despues de la muerte de ANA CATALINA EMMERICH, habiéndose esparcido la voz de que su cuerpo habia sido robado, la sepultura y la caja fueron abiertas secretamente por orden superior, en presen-

cia de siete testigos. Vieron con gozo y sorpresa que la corrupcion no habia llegado á su cuerpo. Su fisonomía era risueña como la de una persona que descansa en un agradable sueño. Parecia que se acababa de enterar: no exhalaba ningun olor fétido. *Es un deber guardar el secreto del Rey*, dice Jesus, hijo de Sirach; pero es tambien un deber el revelar al mundo la grandeza de las misericordias de Dios. Nos han asegurado que una piedra habia sido puesta sobre su tumba. Nosotros deponemos sobre ella estas hojas; ¡ojalá contribuyan á conservar la memoria de una persona que ha remediado tantas penas de alma y cuerpo, y la del sitio en donde espera la resurreccion!

Para descargar más Fragmentos extraídos de libros, como éste que usted acaba de leer ahora, puede hacerlo pulsando en el siguiente enlace:

<https://www.mediafire.com/folder/5d7xjaacbab68>

* * * * *

También pueden descargarse varios libros católicos completos gratuitos en este otro link:

<https://www.mediafire.com/folder/rax8as9udjso8>